

Julián Zugazagoita: pionero de la novela social

Juana Vázquez

UNA DICTADURA ESTÁ HECHA DE CRÍMENES, PERO TAMBIÉN DEJA ENTRE SUS VÍCTIMAS A LOS QUE SUFREN EL OLVIDO. UNO DE ELLOS FUE EL NARRADOR JULIÁN ZUGAZAGOITA, FUSILADO POR LOS FRANQUISTAS EN 1940.

Ahora que se ha aprobado la Ley de la Memoria Histórica, sería necesario recordar no solamente a los fusilados y represaliados por el régimen franquista, sino también sus obras olvidadas, sin las cuales nuestro patrimonio cultural no estará completo. En Madrid, noviembre de 1940, fue fusilado el político socialista y sobre todo escritor: Julián Zugazagoitia. Bilbaíno, fue precursor de la novela social con *Una vida anónima* (1927). Mérito que apenas nadie le ha reconocido, seguramente, por pertenecer a una generación de olvido, la de prosistas comprometidos del 27.

Hay que recordar que esta conocida generación no se compone sólo de una serie de superdotados poetas, como Salinas, Alexandre, Lorca, Alberti, Gerardo Diego, Guillén y Cernuda, que fueron, sin duda los más brillantes, pero no los más significativos. Para comprender, hoy en día, el movimiento estético e ideológico de estos años, es imprescindible leer a los narradores de aquella generación, entre la que se encuentran un grupo de escritores singulares, como Díez Fernández, Carranque de los Ríos, López Pinillo, Ciges Aparicio, Arderius, Arconada, Jarnés, Benavides, Zugazagoitia, etc. En estos autores, casi desconocidos, se hallan representadas las tendencias literarias e ideológicas claves del momento, que impusieron el compromiso social en la literatura cuando arrasaban las vanguardias en toda Europa y la palabra lite-

raria sólo servía para hacer juegos extravagantes y bellos, es decir: « el arte por el arte ».

Esta pura gratuidad estética venía marcada desde principios de siglo, y había de culminar en lo que Ortega describió como « Deshumanización del arte ». En esta obra se dice que el novelista ha de intentar anestesiarlos para la realidad, dejando al lector en la hipnosis de una existencia virtual. Además, que las almas de las novelas no tienen por qué ser como las reales, basta con que sean posibles. Y que si aparte de de esto la novela da una interpretación psicológica de tipos y círculos sociales efectivos, será un picante más de la obra, pero nada esencial.

En estos momentos de euforia intelectual se olvida lo que la novela puede desempeñar como trasunto social de la conciencia colectiva, y poco son los escritores que van a intentar dejarnos un documento de la realidad social inmediata, de esas dificultades que compartieron la inmensa mayoría, y que los « deshumanizadores » del arte desdeñaron.

No hay que olvidar que uno de los fenómenos más perjudiciales para la España del primer tercio de siglo fue el radical divorcio entre intelectuales y obreros. La generación de Zugazagoitia, o los prosistas del « 27 », que Gil Casado tuvo el acierto de llamar « El nuevo Romanticismo », fue la llamada a intentar la unión de las dos fuerzas. Y en esta dirección se orienta la obra literaria de este grupo.

Y es Zugazagoitia el primer autor de esta generación que vuelve los ojos a los desheredados, y toma nota de sus reivindicaciones, de sus derechos, de sus luchas; y lo plasma en sus novelas. La narrativa de Zuga — como lo llamaban sus amigos — se inserta en lo se denominaría después novela social : es decir una literatura aplicada a combatir situaciones o estructuras económico-políticas que se estiman injustas , y a propugnar acaso como alternativa , tales o cuales soluciones más o menos concretas.

En realidad, la protesta y las reivindicaciones político-sociales, fueron los factores esenciales que guiaron la obra literaria de nuestro autor, quien combinando residuos de naturalismo con el entusiasmo por las novelas de la revolución rusa, presta su esfuerzo literario sobre fondo de una realidad social, donde la presencia de un proletariado consciente, organizado y combativo era factor

esencial capaz de darle sentido. Y lo hace en un momento en que, ya lo hemos dicho, la mayoría de los escritores van a encerrarse en una búsqueda puramente intelectual.

Su obra narrativa, en la que prima el compromiso social, se circunscribe a tres novelas: *Una vida anónima* (1927), *El botín* (1929), y *El asalto* (1930).

En *Una vida anónima*, su personaje principal es de ficción, un obrero metalúrgico: Fermín de Oñate, pero con perfiles autobiográficos. Es el personaje tipo del obrero anónimo, sufrido e ignorado en su vida de privaciones y marginación social. Se trata del antihéroe, un ser sin contornos delimitados, algo que se disuelve y difumina entre la gran Historia de su tiempo, sin contar para nada en el proceso histórico que se va tejiendo a su alrededor.

Se trata de un hombre que se abre a la esperanza de la vida a través del trabajo, la familia, y el partido, y que sucumbe víctima de la incomprensión, de la ignorancia, y de la negligencia de los que le rodean. La convivencia se vuelve imposible para aquel que toma como norma de conducta, vivir de acuerdo con sus convicciones políticas, religiosas, sociales etc., cuando estas se hallan en completo desacuerdo con las estructuras vigentes de la sociedad.

En *Una vida anónima*, se ofrece una visión negativa de la vida del hombre. Este no puede vencer en la lucha que se establece contra el medio hostil que le rodea. Poco a poco, al ir perdiendo ilusiones, el impulso vital se debilita y termina sucumbiendo ante las fuerzas oscuras de la incomprensión.

Con el fracaso de las ilusiones del protagonista, y su posterior anulación, se pone de manifiesto el carácter inhumano y antivital de la sociedad capitalista, que ignora al hombre, y la necesidad de la acción colectiva, de la lucha de clases y del triunfo del socialismo, así como la instauración de un orden nuevo, de justicia y libertad integral para todos los hombres.

La anulación de estas vidas anónimas, borradas y aniquiladas por las estructuras de la sociedad capitalista, es la más terrible crítica contra la sociedad vigente. Aquí reside la problemática de la novela, en la presentación de una situación conflictiva entre el hombre que aspira a la instauración de un nuevo orden en el mundo, y el peso de lo establecido anteriormente que se lo impide haciéndolo sucumbir.

En esta novela se dice que no hay que confundir riqueza con el rico, atacando las grandes huelgas que destruían la riqueza. También, a través del diálogo de dos amigos, se rechaza el anarquismo por ser individualista, y se defiende el socialismo ya que este colabora al bienestar de la sociedad.

El botín (1929), tiene como telón de fondo la huelga de 1917. El clima de terror que crea la represión militar de la huelga está captado maravillosamente, y el desaliento y amargura de la España esperpéntica se recoge en unas breves notas de una corrida de toros al final: «Un ambiente taurino por las calles inmediatas a Vista alegre, y la afluencia a la plaza de toros de una muchedumbre típicamente taurina, endomingada, bullanguera, febril... se perfilaba... Vencidos, definitivamente vencidos. Vencidos sin esperanzas... la vida había perdido su sal... Al parecer, nada había pasado».

La novela está centrada en el «boom» económico de Bilbao durante la primera guerra mundial, que enriqueció a tantos burgueses y no mejoró en nada las duras condiciones de los obreros bilbaínos. Esta problemática se encauza a través de Antonio Zúñiga, un muchacho de la clase baja, que se inicia en el mundo laboral de ayudante e un taller mecánico, al que abandona por malos tratos y peor remuneración, pasando a tipógrafo.

El protagonista, ante la indiferencia de los más, en todos sus trabajos, siente el fracaso universal del pobre, del marginado, del débil. Por esta razón la vida pierde aliciente para él aniquilándolo.

El asalto (1930) es la novelización del socialismo en el país vasco (1886-1903). La historia parte de un suceso histórico, la vida de Fermín Ayesterán que al no querer saber nada sobre el trabajo del campo, D. Carmelo, cura bueno y caritativo, lo endereza hacia el sacerdocio. Después de su ordenación se hace el silencio.

En ella se dan datos del estado económico por el que pasaba España por esa época. Se habla de que los jornaleros y obreros industriales y de servicio, representaban el 75% de la población activa, y su situación resultaba muy penosa, por ejemplo, en la minería vasca la jornada de trabajo era de unas doce horas en verano y diez en invierno, y el salario de tres pesetas diarias. Todo esto se narra de forma muy dramática y dentro de la novelización de la historia.